

—Mi querida niña, le dijo el banquero, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Todo? repitió Eva.

—Todo... y para siempre.

Reinó un largo silencio.

—¿Qué te he hecho? preguntó Eva con voz alterada por las lágrimas.

—No te amo ya.

—¿Vas á casarte con Blanca de Flavigny?

—Voy á emprender mañana un viaje que durará tres años.

El silencio volvió á reinar.

Eva esperaba una mirada de Augusto; pero en vano la esperó durante un cuarto de hora.

—Adiós, pues... le dijo, ¡y sé dichoso!

—Adiós, repitió el banquero débilmente.

Eva salió.

Todo lazo quedaba roto entre aquellos dos seres, jóvenes, hermosos, halagados por la fortuna, y que habían vivido en tan dulce intimidad.

—Mañana salimos para un viaje muy largo, dijo Augusto á su ayuda de cámara, que había entrado á recibir sus órdenes: ahora véte y déjame que trate de reposar!

## IX

Seis meses después, Mr. Restaud, sentado delante de su pupitre, escribía una larga carta; este trabajo parecía serle agradable, porque en su grave y simpático rostro se pintaba una tierna y profunda emoción.

Con el privilegio de narradores, la leeremos desde el primer renglón, para que la conozcan nuestros lectores.

Decía así:

«Hoy, mi noble y generoso amigo, he recibido vuestra carta, y no bien la he leído á mi mujer y á mi hija, tomo la pluma para contestarla atentamente.

»He visto por ella vuestro viaje á Alemania, emprendido, según me decís, para curar de una terrible enfermedad del ánimo: ¿cuál podéis padecer vos, tan bueno, tan generoso, dotado de un alma tan elevada y tierna?

»Si es verdad innegable que los que sienten mucho sufren más que las personas dotadas de un temperamento frío y egoísta, no es menos cierto que la rapidez y profundidad de sus sensaciones les proporcionan goces desconocidos para los

demás: sea como quiera, y si sufrís, sirvaos de consuelo el saber que habéis dado la dicha á toda una familia, que os debe más que la vida, pues os debe el honor: ¡sí, amigo mío, sí, mi ángel tutelar! yo iba á morir el día que llegásteis á esta casa, y vuestra mano generosa cerró el abismo abierto ante mis pies, y en cuyo fondo estaba el suicidio para mí y la pobreza para mi esposa é hija! Que Dios os bendiga, como cada día desde entonces os bendecemos ellas y yo! ¡Que el cielo os guíe en todas vuestras empresas, y que por todas partes os sigan la dicha y la prosperidad! ¡yo tengo la certeza de que será así, y de que, aun en este mundo, hallaréis el premio concedido por la Providencia á los que son su imagen en la tierra!

»Dentro de un año espero poder pagaros la deuda material que con vos tengo contraída; ¡la del alma, no la pagaré jamás! Gracias á vuestro generoso desprendimiento, los negocios de mi casa han vuelto á tomar su giro ordinario, las operaciones han tenido ventajosos resultados, y mi ruina es ya imposible: soy rico otra vez, y rico llamo á no deber nada á nadie, á tener un crédito asegurado y á marchar con holgura en mis modestas especulaciones: todo esto os debo. Por los más pequeños detalles de nuestra felicidad material, de nuestra tranquilidad moral, os damos gracias los tres con las manos juntas y las lágrimas en los ojos, y á través del espacio nuestras almas se dirigen á vos como á una segunda Providencia, como

á un mensajero de la celeste que vela por todos nosotros.

»Sofía manifiesta cada día una vocación más decidida por la literatura; ha escrito una linda novelita que ha dedicado á su madre y que se llama *La rosa blanca*: á no ser porque temo que el vuelo de su imaginación la haga desdichada, la daría á la imprenta y repartiría los pocos ejemplares que se tirasen entre las familias de nuestra amistad en Burdeos; pero, amigo mío, yo creo que el medio de hacer á mi hija dichosa no es el ayudarla á que sea literata, sino hacerla vivir un poco más en las regiones de la prosa que en las de la poesía: se casará con su primo Gustavo, y será una buena madre de familia y una mujer distinguida en el término que es necesario á la felicidad de la mujer. Siento en el alma el que mi esposa, demasiado poética é idealista para ser dichosa, la haya transmitido en vida, como dice la buena Misstris Rawlings, la herencia de sus cualidades, y no seré yo quien procure formentarlas, á pesar de los ruegos de Adela, que pretende hacerme creer que Sofía ha nacido para ser grande.

»Dentro de seis meses cumpliré, según me encargáis, mi promesa á la madre y á la hija de llevarlas á Paris, si bien no será á vuestra casa: vos tenéis demasiado talento y mundo para que yo tenga necesidad de explicaros el motivo de esta determinación, y sabéis que no habiéndoos casado, como pensábais, la presencia de mi esposa é hija en vues-

tra casa de soltero sería extraña. Sofía, aunque sólo tiene trece años, está crecida, y acaso ha llegado ya á la estatura mediana que ha de tener: cuando volváis, amigo mío, la hallaréis, si no hermosa, á lo menos muy interesante; se parece á su madre, y para mí este es el más grande de sus méritos.

»Sólo me resta hablaros de Teresa: mi pobre hermana es hoy más desdichada que nunca: todo el lado derecho se la ha quedado completamente paralizado á consecuencia de no sé qué fuerte emoción experimentada el mismo día en que vos vinisteis á dar á esta casa el consuelo y la paz; eso asegura el médico; y á la verdad que en seis meses, aun no he vuelto en mí del asombro que me ha causado el saber á mi hermana capaz de emociones violentas: ello es que la infeliz Teresa se halla en un estado tal de exacerbación, que temo por su juicio, y creo no está lejos el día en que se ponga tan furiosa que maltrate todo aquello que esté al alcance de su mano, sin exceptuar ni aun á su familia; nada basta á calmarla, y la ternura de mi mujer, así como las caricias de Sofía, le han llegado á ser insoportables; así es que éstas le han tomado un terror invencible, y apenas se atreven á preguntarle por su salud desde una distancia respetable.

Esta pobre mujer constituye la mancha negra de nuestro cielo; hasta Gustavo es para nosotros un bien, pues desde que el humor acre y amargo de mi hermana le ha separado de ella, se ha ape-

gado á nosotros con un cariño más tierno y más puro; ama á Sofía, y este amor ha templado la amargura de la emulación que vivía en su alma al comparar su desgracia con lo que él llamaba mi fortuna.

»Ya sabéis, amigo mío, todo lo que nos sucede; ya sabéis cuál es el estado de toda esta familia: cada uno de nosotros, abriga un deseo que domina á todos los demás: ¡veros! ¡besar vuestra mano generosa! deciros todo lo que rehusásteis oír cuando después de habernos salvado de la deshonra y de la muerte, huísteis de esta ciudad, donde os busqué en vano; sed dichoso en esos lugares, pero no olvidéis que aquí os esperan tres corazones todos vuestros.

»Sofía dice que ahora temerá recitar versos delante de vos, porque habéis vivido en la patria de la poesía; os saluda y os envía, como su madre, un tierno apretón de manos: recibid de la madre y de la hija el eterno é invariable recuerdo, con el que os dedica vuestro siempre agradecido y apasionado amigo

EDMUNDO RESTAUD.»

Como unos cinco meses después, recibió el padre de Sofía la siguiente carta fechada en Irlanda:

«Mi querido amigo: Acercándose el tiempo en que debéis cumplirme la promesa de ir á París con Mme. y Mlle. Restaud, os ruego que dispongáis de mi casa, pues no estando yo en ella, no hay nin-

gún inconveniente: yo llegaré muy pronto; pero á la vez que he mandado á mis criados os esperen en la casa que váis á hacerme el honor de ocupar, he mandado también que me dispongan una habitación en un hotel cercano.

»Decid á Misstris Rawlings que no le perdono la visita; y á Gustavo, que si vos lo permitís y los negocios de la casa lo consienten, tendré un placer en que tome posesión de una habitación que he mandado también prepararle.

»Hasta la vista, amigo mío: mil recuerdos á Mme. Restaud y á Sofía, de las cuales soy, como vuestro, amigo afectísimo

Augusto Cottin.»

Veinte días después de recibir esta carta, Mr. y Mme. Restaud, acompañados de Sofía y de Misstris Rawlings, partieron para París y se instalaron en la linda habitación que ocupaba Augusto en la calle de Babilonia.

Teresa quedaba en Burdeos, culpando amargamente la conducta de su hermano, que llevaba á su esposa á *la casa del hombre que la amaba*, y á Adela, que había tenido la *hipócrita maña* de convencer á su marido de lo que ella deseaba.

Gustavo, desesperado con la marcha de Sofía, se encerró en el escritorio, á fin de hacer más cortos por medio de un trabajo asiduo los días que debía tardar en ir á París, según las órdenes de su tío, que le concedía también el que fuese á pasar unos días á su lado.

## X

Era una helada noche del mes de Enero; el cielo sereno no estaba empañado por la más ligera nube; la luna brillaba con toda su bella claridad en medio del firmamento é iluminaba las fachadas de las casas de París, cuyos balcones estaban herméticamente cerrados.

A través de las puertas de cristales de las tiendas y los cafés se escapaban raudales de viva luz; pero muy pocas personas se veían transitar por las calles, á pesar de no ser más que las nueve, pues helaba á la sazón de esa manera intensa y amarga que hace pensar en los mendigos, en los desvalidos, y hasta en los pobres animalitos expuestos á la intemperie por descuido ó dureza de sus amos, ó acaso por carecer de ellos.

Una silla de posta, bien cerrada, y que rodaba con rapidez, entró en la calle de Babilonia: los postillones, envueltos en sus capotes forrados de pieles, detuvieron el soberbio tiro, y la gran puerta de encina de un palacio se abrió, apareciendo el conserje con su gorro en la mano.

El coche entró en el gran patio; la portezuela se abrió, y un hombre saltó al suelo.

— Buenas noches, Jolivet, dijo al conserje; cubrios la cabeza, que hace mucho frío.